

3. AVENTURAS POR EL HEMISFERIO SUR

Empezamos con buen pie. Mi compañero de camarote era un contrabandista que llenó el camarote de paquetes que no sé lo que contenían. No ocultaba su profesión y se justificó alegando que la primera en contrabandear era la compañía naviera. El barco debería (según él) zarpar de Barcelona, hacer escala en Cádiz y en las Canarias para después dar el salto hasta Santos, puerto más cercano a Sao Paulo. Pero no lo hizo así, sino que desde Cádiz subió por la costa hasta Lisboa, donde embarcó a una buena remesa de trabajadores portugueses que van a la recogida del café, y aún continuó hasta La Coruña, donde se llenó de gallegos. Parece ser que este “viaje turístico” no es la ruta oficial que debería seguir, y no les importa que eso prolongue el viaje tres días más de lo estipulado. A mi me permitió conocer un paco de ambas ciudades, porque nos dieron varias horas para pasear.

Los paquetes de mi acompañante desaparecieron en Lisboa y tomaron su lugar una ristra de cajas de botellas de vino verde, que desaparecieron en La Coruña. En las Canarias volvió a llenar el camarote de no sé que mercancías para Brasil. Tenía buenas relaciones con la tripulación, lo que me permitió visitar zonas cerradas a los pasajeros. Había más de su profesión, con los que se saludaba y también prostitutas (él me las señaló) que van y vienen en esa ruta a la caza de adinerados.

Pero lo que más me marcó de aquel viaje fue el vuelco que le dio a las ideas que yo me había formado respecto a la actitud en general de los latinoamericanos de cara a los españoles. Porque había españoles que, impregnados de lo que habían leído en los libros de texto de las escuelas, además del latiguillo de “hispanoamericanos” los consideraban como el producto de la cultura que nosotros les habíamos llevado. Para los menos estudiosos, nosotros veníamos de “la madre patria” de la cual ellos eran sus hijos. Y ese sería el sentimiento de ellos y el nuestro. Naturalmente yo no había asumido nada de eso, pero tampoco me había dedicado a estudiarlo más a fondo. Mi

actitud puede calificarse como de expectante. Me abrieron los ojos unos cuantos estudiantes argentinos y peruanos que viajaban conmigo, con los que mantuve largas conversaciones. En principio mostraban una actitud recelosa, para abrirse mas cuando vieron que era receptivo y no ponía objeciones a sus relatos.

Los portugueses daban el espectáculo: Se llevaban los restos de comida del comedor para después sentarse en cubierta a comérselos, dejando papeles y restos por todas partes, incluso en los servicios y oí a una limpiadora quejarse de haber encontrado las tazas atascadas de pedazos de pan. Y no digamos de las personas que se mareaban y vomitaban por las escaleras y los salones. Los últimos días de navegación el aire acondicionado no conseguía vencer al olor de los vómitos, que se extendía por todo el barco.

Llegamos a Santos. Aún recuerdo que me asusté al ver el aspecto de los trabajadores del puerto, la mayoría mulatos y "feos". Consecuencia quizás de la influencia de las películas (no he consiguado hasta ahora que era muy aficionado al

cine) en las que regularmente, los buenos son guapos y los malos, feos.

En 1963, eran ya muy pocos los que emigraban a Brasil, aparte de los temporeros gallegos y portugueses. Solo encontré una familia andaluza con 6 hijos, que habían recibido ayuda de Cáritas y tenían un contrato para trabajar en el campo. Les habían prometido que tendrían vivienda y escuela para los niños. Adelanto lo que les sucedió porque a los pocos meses, en mi visita mensual a Correos para mandar dinero a mi familia, me los encontré y me relataron la odisea que habían vivido: En régimen de semiesclavitud, viviendo en el interior de la hacienda, en una barraca, y sin escuela, recibiendo el salario en especie (el saco de arroz para el mes, las judías negras y algo de cecina, jabón, etc.), optaron por huir amparados en la oscuridad de la noche. Perseguidos a tiros - me dijo - por los vigilantes de la hacienda, consiguieron llegar al pueblo más cercano. Ahora estaba haciendo los trámites para volver a España.

Una furgoneta del Departamento de Emigración nos esperaba y nos condujo hasta São Paulo a un

Centro de Recepción que tiene el Ministerio de Trabajo. Era una gran nave, llena de camas, cada una con un armarito al lado para las pertenencias. Allí había que vivir hasta que se encontrase trabajo. Un comedor en el que daban una especie de rancho, y nada más. La mayoría de los emigrantes eran brasileños del Norte, y había también algunos italianos y portugueses.

El empleo que figuraba en los papeles era ficticio, un puro trámite, posiblemente exigido por el organismo español para poder afirmar que se iba ya colocado. El Departamento de Emigración español tenía a un delegado en São Paulo para atender a los emigrantes. Fui a verlo y me causó una penosa impresión. Creo que, para decirme sin palabras lo que podía esperar de él, me alargó una mano flácida, que me dio la sensación de que sacudía un pedazo de carne muerta. Me dijo que no me preocupase, que había muchas oportunidades de empleo, que buscara en los anuncios de los periódicos.¹

¹ Posteriormente, pasado un año, me enteré de que le habían sustituido porque tenía asignada una partida de dinero para ayudar económicamente a los emigrantes hasta que encontrasen empleo y se la guardaba para sí.

Como había llegado en vísperas de Navidad, mi amigo, que trabajaba como delineante en la General Electric, me convidó a pasar el día con ellos. También estaba un amigo suyo, español, que era el director de una empresa de autobuses de línea que hacía el recorrido de São Paulo a Río de Janeiro y viceversa. Había emigrado hacía muchos años y según él había hecho de todo, hasta de vendedor de bananas en la calle. Se interesó por mi situación y me ofreció trabajar en el garaje que tienen para los autobuses. Mi trabajo consistiría en revisar la instalación eléctrica, desmontar la dinamo y el alternador de los autobuses para limpiarlos y cambiar lo que fuese necesario. Me dijo que tendría el tiempo que necesitase para hacer los trámites necesarios para obtener el permiso de residencia y el de trabajo. Todo esto aderezado con el ambiente del: “Sé como te sientes”, “Ya pasé por eso”, “Entre nosotros tenemos que ayudarnos”, etc.

Me pareció bien y alterné el trabajo en el garaje con las salidas a la Policía, al Consulado, etc. En Brasil cada trabajador recibe, al iniciar su vida laboral, un cuaderno, parecido al pasaporte, llamado “Carteira Profissional” con foto y datos

personales. En cada página tiene un formulario a rellenar por la empresa que te contrata, con fecha de inicio y cese de la actividad. Al final tiene unas páginas donde las empresas van anotando los aumentos de salario y categoría. Esto es obligatorio y sin ello el trabajo es en “negro”. Lo que tiene de gravoso para el obrero es que cuando busca trabajo, una simple ojeada al libro le basta al empresario para conocer su vida laboral. La propia “carteira” lo asume. Este es el preámbulo, que aparece en la segunda página:

A CARTEIRA PROFISSIONAL

Por menos que pareça e por mais trabalho que de ao interesado, a carteira profissional é um documento indispensable à proteção do trabalhador.

Elemento de qualificação civil e de habilitação profissional, a carteira representa também título originario para a colocação, para a inscrição sindical e, ainda um instrumento práctico do contrato individual de trabalho.

A carteira, pelos lançamentos que recebe, configura a historia de uma vida. Quem a examinar, logo verá se o portador é um temperamento aquietado o versátil; se ama a profissão escolhida ou ainda não encontrou a própria vocação; se andou de fábrica en fábrica, como uma abelha, ou permaneceu no mesmo estabelecimento, subindo na escala profissional. Pode ser um padrón de honra. Pode ser uma advertencia.

ALEXANDRE MARCONDES FILHO



Así pues, mientras arreglaba los papeles yo estaba trabajando “en negro”. En total trabajé unos 9 días, con la pérdida de alguna que otra mañana para los trámites. Cuando ya tenía todo en regla, siguiendo con el ambiente amigable, él me dijo que me podía quedar trabajando, ya legalmente. Le respondí que esa no era mi especialidad, que quería trabajar en electricidad industrial, y dado que no faltaba trabajo, me buscaría lo que yo prefiero. No pareció que le sentase mal, así es que le dije que me pagase los días trabajados, descontando las ausencias. Cual

fue mi sorpresa cuando me respondió que había estado a prueba y que en Brasil, las pruebas para entrar en una empresa no se pagan. Le dije que no se pagaría una prueba de una mañana en un banco de trabajo, pero yo había desmontado y limpiado bastantes dínamos. Había trabajado como otro cualquiera. De nada me sirvió protestar, no me pagó ni una perra. Entendí entonces como había conseguido llegar a donde estaba.

La siguiente experiencia no fue mejor. Comprando el periódico a diario, me encontré con un anuncio que me pareció interesante, para trabajar en una fundición. Era el primer día que salía, así es que, acudí al día siguiente, a hora temprana a la dirección que aparecía en el anuncio. Era una oficina en un edificio del centro. Me encaminaron al Jefe de Personal y en cuanto comencé a hablar me interrumpió para preguntarme si era español, porque él también lo era. Seguimos pues conversando en castellano.

Lo primero que hizo fue avisarme que la plaza ya estaba cubierta, lo que me extrañó, dado lo reciente del anuncio. Pero, me dijo, puede Usted

hacer una prueba porque quizás encontremos donde colocarle. Y me mandó ir al día siguiente a la fundición, que estaba en un barrio periférico de São Paulo y me dio el nombre de una persona a la que tendría que presentarme.

La fundición estaba en obras, pero funcionando y se mezclaban por las naves los trabajadores de la fundición y los obreros de la empresa que me había contratado, que estaba ampliando las instalaciones. El encargado que me atendió me dijo que la prueba consistía en hacer la instalación de un horno nuevo de recocimiento, que se hallaba en un pequeño patio al aire libre. Y no me puso a nadie para ayudarme. Ese tipo de instalaciones se hace con tubos de acero, que hay que rellenar de arena y retacar para que al hacer las curvas con el soplete no se abollen. Y hay que ser cuidadoso porque si van varios tubos en paralelo con bajadas o esquinas hay que conseguir que todas las curvas tengan el mismo radio para que queden presentables a la vista. Me di una paliza de trabajar durante una semana. A los 5 días fui a preguntarle si me aceptaban y me contestó que la prueba era dejar ese trabajo terminado. Fui a verle de nuevo cuando, acabé,

vino a ver el trabajo y de seguida me dijo que fuese a la oficina del centro donde había ido a presentarme, pero tres días más tarde. Me quedé un poco extrañado pero consentí, (no podía hacer otra cosa) y me presenté en la fecha marcada. El recepcionista me pidió el nombre, consultó un papel y me envió a la caja para cobrar los días trabajados. Yo le dije que había hecho eso como una prueba para contratarme, y quería saber si me habían aceptado o no. Me contestó que no sabía nada de eso, que la orden que tenía era de enviarme a la caja cuando viniera.

Fui a la caja y el cajero solo sabía que tenía que pagarme, y nada más. Pregunté por el Jefe de Personal español con el que hablé al principio y me dijeron que estaba de viaje y no volvería en varios días. Solo entonces fue cuando se me hizo la luz: Ellos tenían que instalar ese horno recién comprado y no tenían personal para ello. Contratar a una empresa para que lo hiciera resultaría caro. Solución que encontraron: Poner un anuncio y esperar a que apareciese un pardillo. Y apareció. Otra jugada de otro compatriota. Y tuve suerte que no me sellaron la “carteira profesional” porque los empresarios sólo lo hacen,

por lo general, después del periodo de prueba. Si no lo hicieran así, la carteira quedaría “manchada” con empleos que apenas han durado 15 días.

O sea, que el *“documento indispensable à proteção do trabalhador”*, como reza en la Carteira Profissional, no parece proteger de mucho. Se ocupa de citar los perfiles de los trabajadores, pero parece que el señor Marcondes Filho se “olvidó” de citar los de los empresarios.

Parece que me perseguía la mala suerte. El siguiente anuncio al que acudí era para trabajar en una empresa que estaba ampliando las instalaciones en una fábrica de jabón en polvo. Allí me sellaron la “carteira” el mismo día y me enviaron a la fábrica. Como en la anterior fundición, la producción estaba a pleno rendimiento y en la parte que se estaba ampliando pululaban los trabajadores de la empresa que me había contratado. Había unos barracones para cambiarse de ropa con un reloj para fichar en la puerta y los casilleros con las tarjetas. El encargado de los electricistas era un brasileño joven que se pasaba la jornada peinándose en los lavabos. Llevaba el peine en el

bolsillo trasero del mono y era la única herramienta que usaba a todas horas. Indolente, me dio un trabajo para hacer que se acababa en pocas horas. Cuando acabé, me mandó esperar y bastante después apareció con otro parecido. Cinco días pasé, prácticamente sin dar un palo al agua. Entonces aparecieron un grupo de hombres bien vestidos, que inspeccionaron durante unas horas toda el área en la que trabajábamos.

Al día siguiente, al ir a fichar, encontré mi casillero vacío. Pregunté a algunos compañeros que estaban por allí y me respondieron: “Pues ya puedes ir a pedir la cuenta, aquí en Brasil, quitar el cartón del casillero significa despido.” Otra, no como la anterior, sino peor, porque habían sellado la carteira. El cajero dijo que había recibido la orden de pagarme los días y no sabía de nada más. Esta vez la armé y les pedí explicaciones por haber “manchado” mi carteira. De nada me sirvió. No tardé en descubrir la jugada, que me la confirmó uno de los trabajadores: La empresa contratante realiza de vez en cuando una visita “por sorpresa” para constatar si todo está en regla, si se cumplen los plazos marcados y si la empresa respeta el número de trabajadores

estipulado en el contrato. Eso requiere que las cartieras estén selladas por la empresa. Pero la “visita por sorpresa” no es tal, porque hay alguien que se encarga de dar el chivatazo (la fecha de la visita) y la empresa completa a las prisas el número de trabajadores requerido. Acabada la inspección, los pone en la calle. No fui yo solo, sino tres o cuatro más.

Voy a hacer un alto en el camino para convidar al lector a una reflexión. Que juzguen como me he sentido yo, años más tarde, cuando (y me ha sucedido muchas veces) he tomado contacto, en alguna de las fábricas en las que he trabajado, con algún activista orgulloso de ser “marxista” que me ha lanzado, sin preámbulo alguno y sin preguntarme nada sobre mi vida, la letanía de la explotación del obrero por el empresario, la apropiación de la plusvalía que nos arranca, la necesidad de luchar, etc. etc. Después de pasar estas experiencias, eso me sonaba a “descubrimiento del Mediterráneo”.

Entretanto, mi amigo había movido los hilos en la General Electric y un buen día me llamó para decirme que fuera por allí, que probablemente me

contratarían. Así fue y por fin encontré un empleo estable. Empecé a trabajar el 19 de Marzo de 1964.

11 días más tarde sobrevino el golpe militar. Fueron apenas dos días de incertidumbre con movimiento de tropas. Casi de inmediato se adhirieron al golpe, una tras otra, todas las guarniciones y se me acabó la democracia que había “disfrutado” por primera vez en mi vida durante poco más de tres meses. La señal para el levantamiento la habían dado los señores y sobre todo señoras de la clase media y alta, que salieron en masa a las calles de São Paulo vociferando en nombre de la defensa de la familia y la libertad. Los militares se emplearon a fondo sobre todo en las áreas rurales, que es donde veían venir el peligro.² Se estaban extendiendo los sindicatos rurales, que luchaban por la defensa del Estatuto del Trabajador Rural, que había sido promulgado no hacía mucho y ningún terrateniente respetaba. Además pusieron en marcha un plan de alfabetización basado en el sistema de Paulo

² El periodo de la industrialización había tenido lugar a lo largo de la década de los 50, pero en 1964, políticamente hablando, los “señores de la tierra” aún tenían un peso muy considerable en las instituciones y en el Parlamento.

Freire, que la prensa, un día si y otro también, lo tachaba de ser un “adoctrinamiento del comunismo”, disolvieron los sindicatos rurales y encarcelaron e incluso asesinaron a algunos de sus líderes. Yo estaba siguiendo diariamente el montaje por la prensa. A la erradicación del comunismo le añadieron los militares, para que su asonada no quedase tan pobre de proyectos, la lucha contra la corrupción, pero en esto se limitaron a destituir a alguna que otra cabeza de turco. No disolvieron el Parlamento, sino que redactaron una cosa a la que llamaron “Ato Institucional”, (al primero le siguieron varios más) que restringía las libertades de asociación y reunión y se imponía sobre las Leyes vigentes y la propia Constitución.

Los sindicatos brasileños no tenían entonces ninguna representación en el interior de la empresa. Y, por lo que estaba empezando a conocer, no eran más que trampolín para hacer carrera política. Buena parte de los políticos de los partidos de Izquierda, como el PTB (Partido Trabalhista de Brasil, que era al que pertenecía el presidente depuesto, João Goulart) habían hecho sus armas en los sindicatos, una tradición que ha

conservado Lula. Sólo me afilié cuando estaba en el siguiente empleo, como ya relataré. En general, durante mi estancia en Brasil he estado ligado más a los grupos políticos de izquierda que a los sindicatos, donde poco se podía hacer, mas que aplaudir en los mítines. De todas maneras, los militares también intervinieron en los sindicatos de la industria, aunque con menos virulencia que en los rurales. Buscaron a los más combativos, que no eran muchos.

La General Electric, que fabricaba aparatos electrodomésticos, tendría unos 1500 trabajadores. Estaba sita (no existe más) en Santo Andre, que junto con San Bernardo y São Caetano do Sul, forman una de las áreas industriales más grandes de toda Latinoamérica. Estas tres ciudades se encuentran junto a São Paulo, formando un conjunto ya todo él urbanizado. Se comunican entre sí por medio de autobuses, trolebuses y trenes de cercanías. Una vez que empecé a trabajar me instalé en una pensión de una familia italiana que estaba cerca de la fábrica, donde todos los huéspedes moraban hacía años. Era una especie de chalet, con un pequeño jardín en la parte lateral, donde la “mamma” tenía unas

conejas. Ella misma hacía la pasta, que nos ponían todos los días del año. Los domingos variaba con ñoqui y conejo.

Las naves de producción estaban repartidas por el recinto vallado de la fábrica. Una de ellas era para Mantenimiento, donde trabajábamos unos 30 obreros, entre mecánicos y electricistas. El trabajo consistía en atender las llamadas telefónicas para ir a reparar lo que se hubiese roto en alguna de las naves de producción. Entre una llamada y la otra siempre teníamos trabajo en el taller.

Lo primero que observé fue el estado calamitoso de las máquinas herramientas donde se mecanizaban piezas. Había veces que cuando llegaba a reparar una máquina, el operador de la misma, no solo me decía donde tenía que hurgar, sino qué, como yo era nuevo en la fábrica, lo hacía por mí para que aprendiese. Como caso extremo, recuerdo una que tenía una gran mesa giratoria, con 6 estaciones de parada y un cabezal sobre cada una de ellas. El operador ponía la pieza a mecanizar en la estación de colocación retirando antes la que ya estaba terminada. A seguir, pulsaba el botón y la mesa giraba hasta situarse

una estación mas adelante. Se enclavaba y entonces bajaban los seis cabezales, cada uno para hacer su función (taladrar, fresar, etc.) cuando cada uno terminaba su función, subía de nuevo y, cuando había terminado el último, la mesa se desenclavaba, la pieza terminada se soltaba y todo quedaba esperando al mando del pulsador. Pues bien, sucedía que a veces la mesa no llegaba hasta su sitio y no se desenclavaba, quedando todo parado. Mi buen operador me dijo: "Tranquilo, que te digo lo que hay que hacer". Cogía una palanca larga que tenía al efecto, la introducía debajo de la mesa, en el lugar preciso y le daba un fuerte empujón, hasta que un "clac" le indicaba que ya estaba posicionada. Después de esto me dio por buscar en las placas de las máquinas el año de fabricación. Las había hasta de 1940.

Varias ideas me surgieron del episodio:

Hay una creencia muy extendida, principalmente entre los intelectuales que no han pisado una fábrica, que caracteriza el llamado "fordismo" como una robotización del trabajador, que se limita a obedecer ordenes y no tiene

necesidad de “pensar”. Las líneas de montaje como las de la GE están dentro de la clasificación del “fordismo”. Lo que no contempla esa interpretación simplista es una situación como aquella: Máquinas obsoletas, que ya habían acabado su vida útil en los Estados Unidos, no porque no puedan funcionar, sino porque ya han sido sustituidas por otras más rápidas y eficientes, empiezan a tener achaques, como los ancianos, que cuando se repiten llevan al que brega con esa máquina a “pensar” y, con unas palmaditas en la espalda, darle el empujoncito que necesitan para seguir funcionando.

Buena parte de las inversiones de las multinacionales (como pude constatar después) en los países que se industrializaron en aquella época, se componen de estas máquinas obsoletas, lo que pone en duda el verdadero valor de la inversión, que con toda seguridad esta muy por debajo del que airearon por todo el mundo, y como los beneficios repatriados (incluido amortizaciones) se calculan como porcentaje de la inversión, es evidente que las amortizaciones se aplican a algo que está ya amortizado hace años y que los beneficios con relación al capital

realmente invertido son mucho mayores de lo declarado.

Unos meses después de mi entrada en la fábrica me propusieron pasar a trabajar de noche de manera continuada. Lo acepté, para tener más tiempo libre durante el día. Como había pocas incidencias en las naves de producción, porque eran pocas las líneas que estaban en funcionamiento, me dediqué de lleno al estudio, empezando por la geometría, las matemáticas superiores y la física, llevándome al taller libros y cuadernos.

Poco después de llegar a São Paulo conocí el Centro Gallego, lugar de encuentro de muchos españoles. Había bastantes exiliados y la Junta Directiva estaba formada por republicanos, comunistas y algún anarquista. Todos de la vieja guardia. También había un grupo de jóvenes, algunos afiliados al Partido Comunista. Tenían un salón, con mesas y sillas donde venían los domingos familias enteras y se formaban buenas tertulias. Mis peripecias hasta encontrar un trabajo estable no me permitían ir con asiduidad. Una vez que estaba en la GE, empecé a

frecuentarlo más a menudo. Tentando el terreno, me introduje en el grupo de los jóvenes. Hacíamos teatro leído y pasábamos alguna película con un proyector del Centro. Aún recuerdo que pasamos “Los compañeros”, una película italiana que describe la evolución del pensamiento de los obreros de una fábrica tras la llegada al pueblo de un activista político.

Los comunistas eran muy dogmáticos y no me caían bien. Yo empezaba a tantear mis lecturas comprando los libros que me parecían interesantes. Puede decirse que no tenía una meta definida. En una ocasión, encontré un libro escrito por un norteamericano que había pertenecido al Partido Comunista en su país y relataba lo que había vivido allí. Lo que cuenta no difiere mucho de la información que he recibido después, principalmente, que estaba plagado de espías y en algunas agrupaciones eran más numerosos que los militantes. La cuestión es que un buen día llegue al Centro con mi libro debajo del brazo y me abordó uno de los viejos comunistas que regían el Centro y me pregunta: “¿Qué lees?” Se lo enseño y me espeta enfadado: “¿Cómo puedes leer esa basura?”.

Aquello chocaba de frente con mi modo de ver las cosas. Yo ya tenía un principio del que no me he apartado hasta hoy: Descubrir por mí mismo lo que venía del enemigo y lo que venía del amigo. Y cada uno que lea lo que le apetezca. Lo más que me permito hacer es orientar al que pide (o yo creo que necesita y no se atreve a pedir) orientación. En eso me identifico con los anarquistas de entonces, que no hacen ascos a nada y afirman que no hay una “cultura proletaria” y otra burguesa. Me inclino más por leer al enemigo, para saber por dónde va y cuál es el flanco por donde atacar. Así, yo compraba diariamente “O Estado de São Paulo” reconocido como el periódico más conservador de ese Estado. No me gustan los de las medias tintas, los llamados “periódicos liberales”, como “A Folha de São Paulo”, (el más leído) que ponen una vela a Dios y otra al diablo. Ejemplo en la España actual: “El País”. Y un periódico netamente izquierdista no existía.

Estos casi tres años que trabajé de noche fueron para mí algo así como mis estudios universitarios, salvando la distancia en cuanto a

planificación de los cursos, orden de las materias y disciplina. Puede decirse que las materias a estudiar brotaban de mis vivencias y de mi personal digestión de cada experiencia.

Así, cuando desde el PCE se propuso en el Centro que el grupo de jóvenes hiciésemos un cursillo de Marxismo, utilizando para él el texto de “Principios fundamentales de filosofía” de Georges Politzer ser, en aquel entonces el más usado entre los comunistas, tanto españoles como brasileños. Mientras mis compañeros de curso, habituados a la enseñanza escolar, se limitaban a memorizar los trechos que consideraban que serían los más importantes para el que hacía de profesor, yo indagaba en otras fuentes para conocer realmente la cuestión. Aún recuerdo que ante la pregunta ¿Cuál es la diferencia principal entre Marx y Hegel? respondían invariablemente lo que habían leído: “Que Marx había puesto de cabeza para abajo las tesis de Hegel, llevando su contenido del idealismo al materialismo”. Naturalmente, estaba claro que no sabían de qué estaban hablando. A mí eso no me decía nada, yo sí quería saberlo y empecé a buscar otras fuentes diferentes a las de aquel libro. Y nada mejor que

irse a las originales, esto es, a Marx, a Hegel y al que hiciera falta. Empecé pues a comprar libros de filosofía y tanto me atrajeron, que de Hegel empecé a marchar hacia atrás, a Kant, a Spinoza, a Descartes y de ahí a Aristóteles y Platón³. Tengo que confesar que me fascinaron los “Diálogos” hasta el punto de que intentaba reproducir su esquema en mis conversaciones con los compañeros del Centro, cuando encontraba una ocasión propicia.

Otra interesante experiencia: En Brasil, la mayor parte de los trabajadores emigrados de España o Italia (hubo una gran emigración de italianos cuando terminó la guerra mundial) eran profesionales, por lo que en las fábricas trabajaban en mantenimiento o Ferramentaría (que es como llaman en Brasil a los talleres donde se hacen los moldes para las prensas y los útiles para las maquinas-herramientas). La industrialización brasileña no fue acompañada por escuelas de formación profesional y no eran muchos los brasileños que trabajaban en esas áreas. Será por esta razón que nos apreciaban e

³ En la biblioteca que me dejó mi padre no había nada de filosofía.

incluso algunos nos trataban con cierta deferencia, que a mí me hacía sentirme incómodo.

Uno de los encargados de Mantenimiento era el animador del equipo de fútbol de la fábrica, el que organizaba pequeños torneos con otros equipos, de la localidad o de otras ciudades del interior del Estado de São Paulo. Hizo buenas migas conmigo y me propuso salir con el equipo cuando fuesen a jugar al interior. “Sé que no juegas - me decía - pero el autobús no va lleno, yo te puedo introducir como “ayudante” del masajista.” A donde íbamos me trataban a cuerpo de rey, comiendo en casa de algún jugador de allá, (repartían el equipo entre varias casas) con una mesa repleta de comida. En esas ciudades (aquí llamaríamos pueblos) se colocan en la mesa grandes cuencos con los diferentes platos y cada uno se sirve lo que quiere y la cantidad que quiere. La amabilidad y la dichosa deferencia estaban presentes en todo momento.

Había en el equipo dos hermanos negros que, según todos decían, eran el alma del mismo. En una ocasión fuimos a su pueblo a jugar. Los hermanos me llevaron con ellos a su casa y luego

se empeñaron en mostrarme el barrio y presentarme a sus amigos. Era un barrio, que no sé si sería exclusivamente de negros, pero lo que sé es que no vi ni un blanco en todo el camino. Me animé pues a preguntarles como estaba allí la relación entre blancos y negros. Me respondieron que a pesar de las leyes y la Constitución, las costumbres son más fuertes y había una división no reconocida, pero tácitamente aceptada por todos. Por ejemplo, había unas peluquerías para blancos y otras para negros y todos aceptaban eso como natural. Tuvimos un percance de esos que impresionan tanto que permanecen en la memoria para siempre. Mediada la tarde entramos en una pizzería y me ofrecieron un pedazo de pizza. Acepté y el camarero vino con un trozo de pizza ya algo reseco y con las puntas curvadas. El escándalo que armaron los que me acompañaban fue gordo. Rápidamente lo sustituyeron por un trozo fresco. Me vino a la mente la diferencia entre su reacción y otras que había visto yo en Madrid, en casos parecidos. Comérselo, pagar religiosamente y guardar las protestas para la salida, cuando ya no tiene remedio. ¡Ole por los negros! me dije para mis adentros.

En general nunca he visto alguna expresión racista entre los obreros en los años que estuve allá. Es decir, sí las he visto, pero admitidas por todos como “brincadeira”, es decir, como broma. Así, cuando salen varios amigos, se calienta la cosa e inician espontáneamente una “batucada” (podemos compararlo con los saraos familiares de los gitanos en España, donde uno sale y canta, otro toca la guitarra, etc.), que se puede hacer con un tenedor y un plato, con una caja de cerillas, batiéndola en la mano, etc. a ritmo de samba, se considera que el blanco siempre desafina y el dicho es “tem branco no samba”. El dicho para el negro, que se usa mucho durante el trabajo es “Negon, si no caga na entrada, caga na saída” cuando algo que está haciendo el negro no funciona o le sale mal.

Fue en la GE donde, por primera vez, tuve (me dieron) un papel protagonista en una reclamación colectiva de aumento de salario. Pero esto se queda para el capítulo siguiente, que este ya se está haciendo muy largo.